

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 38 (2.684)

Ciudad del Vaticano

18 de septiembre de 2020

Para salir de la pandemia es necesario cuidarse y cuidarnos mutuamente



El llamamiento del Papa después de las manifestaciones populares de las últimas semanas en distintas partes del mundo

Los gobiernos escuchen la voz de los ciudadanos pero que las protestas sean pacíficas

Doble llamamiento lanzado el domingo 13 de septiembre en el Ángelus del Papa Francisco, que hablando de las protestas populares de las últimas semanas en distintas partes del mundo, pidió a los gobiernos escuchar «la voz de sus conciudadanos» y a los manifestantes no «ceder a la tentación de la agresión y la violencia». Anteriormente el Pontífice había propuesto a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro una reflexión sobre el pasaje evangélico de la liturgia dominical (Mt 18, 21-35) dedicado al perdón.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la parábola que leemos en el Evangelio de hoy, la del rey misericordioso (cf. Mt 18, 21-35), encontramos dos veces esta súplica: «Ten paciencia conmigo que todo te lo pagaré» (vv. 26.29). La primera vez la pronuncia el siervo que le debe a su amo diez mil talentos, una suma enorme, hoy serían millones y millones de euros. La segunda vez la repite otro criado del mismo amo. Él también tiene deudas, no con su amo, sino con el siervo que tiene esa enorme deuda. Y su deuda es muy pequeña, quizá como el sueldo de una semana.

El centro de la parábola es la indulgencia que el amo muestra hacia el siervo más endeudado. El evangelista subraya que «el señor tuvo compasión —no olvidéis nunca esta palabra que es propia de Jesús: “Tuvo compasión”, Jesús siempre tuvo compasión—, tuvo compasión de aquel siervo, le dejó marchar y le perdonó la deuda» (v. 27). ¡Una deuda enorme, por tanto, una donación enorme! Pero ese criado, inmediatamente después, se muestra despiadado con su compañero, que le debe una modesta suma. No lo escucha, le insulta y lo hace encarcelar, hasta que haya pagado la deuda (cf. v. 30), esa pequeña deuda. El amo se entera de esto y, enojado, llama al siervo malvado y lo condena (cf. vv. 32-34). «¿Yo te he perdonado tanto y tú eres incapaz de perdonar este poco?».

Vemos en esta parábola dos actitudes diferentes: la de Dios, representado por el rey —que perdona tanto, porque Dios perdona siempre—, y la del hombre. En la actitud divina, la justicia está impregnada de misericordia, mientras que la actitud humana se limita a la justicia. Jesús nos exhorta a abrimos valientemente al poder del perdón, porque no todo en la vida se resuelve con la justicia, lo sabemos. Es necesario ese



amor misericordioso, que también es la base de la respuesta del Señor a la pregunta de Pedro que precede a la parábola, la pregunta de Pedro suena así: «Señor, dime, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano?» (v. 21). Y Jesús le respondió: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (v. 22). En el lenguaje simbólico de la Biblia, esto significa que estamos llamados a perdonar siempre. ¡Cuánto sufrimiento, cuántas divisiones, cuántas guerras podrían evitarse, si el perdón y la misericordia fueran el estilo de nuestra vida! También en familia, también en familia. Cuántas familias desunidas que no saben perdonarse, cuántos hermanos y hermanas que tienen ese rencor en su interior. Es necesario aplicar el amor misericordioso en todas las relaciones humanas: entre los esposos, entre padres e hijos, dentro de nuestras comunidades, en la Iglesia y también en la sociedad y la política.

Hoy por la mañana mientras celebraba la misa me detuve, me llamó la atención una frase de la primera lectura del libro de Sirácida, la frase dice: «Acuérdate de las postrimerías, y deja ya de odiar» (Si 28,6). ¡Bonita frase! ¡Pero piensa en el final! Piensa que estarás en un ataúd... ¿y te llevarás el odio allí? Piensa en el final, ¡deja de odiar! Deja el rencor. Pensemos en esta conmovedora frase: «Acuérdate de las postrimerías, y deja ya de odiar». Y no es fácil perdonar porque en los momentos tranquilos uno dice: «Sí, pero éste me ha hecho todo tipo de cosas, pero yo también he hecho muchas. Mejor perdonar para ser perdonado». Pero luego el rencor vuelve, como una molesta mosca en el verano que vuelve y vuelve... Perdonar no es sólo algo momentáneo, es algo continuo contra este rencor, este odio que vuelve. Pensemos en el final, dejemos de odiar. La parábola de hoy nos ayuda a comprender ple-

namente el significado de esa frase que recitamos en la oración del Padre nuestro: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6, 12). Estas palabras contienen una verdad decisiva. No podemos pretender para nosotros el perdón de Dios, si nosotros, a nuestra vez, no concedemos el perdón a nuestro prójimo. Es una condición: piensa en el final, en el perdón de Dios, y deja ya de odiar; echa el rencor, esa molesta mosca que vuelve y regresa. Si no nos esforzamos por perdonar y amar, tampoco seremos perdonados ni amados.

Encomendémosnos a la maternal intercesión de la Madre de Dios: que Ella nos ayude a darnos cuenta de cuánto estamos en deuda con Dios, y a recordarlo siempre, para tener el corazón abierto a la misericordia y a la bondad.

Al finalizar el Ángelus el Papa expresó solidaridad con los refugiados de Lesbos víctimas de los incendios que han devastado el campo de acogida de Moria. A continuación, después del llamamiento a los gobernantes y manifestantes, invitó a los fieles a participar con generosidad en la Colecta para Tierra Santa.

¡Queridos hermanos y hermanas!

En los últimos días, una serie de incendios ha devastado el campamento de refugiados de Moria, en la isla de Lesbos, dejando a miles de personas sin refugio, aunque precario. Todavía recuerdo la visita que hicimos allí y el llamamiento lanzado junto con el Patriarca Eucuménico Bartolomé y el Arzobispo Ieronymos de Atenas, para garantizar «que los emigrantes, los refugiados y los demandantes de asilo se vean acogidos con dignidad en Europa» (16 de abril de 2016). Expreso mi solidaridad y cercanía a todas las víctimas de estos dramáticos

acontecimientos.

Además, en estas semanas estamos siendo testigos de numerosas manifestaciones populares en todo el mundo —en muchas partes— que expresan el creciente malestar de la sociedad civil ante situaciones políticas y sociales particularmente críticas. Al tiempo que exhorto a los manifestantes a que presenten sus demandas de forma pacífica, sin ceder a la tentación de la agresión y la violencia, hago un llamamiento a todos aquellos que tienen responsabilidades públicas y gubernamentales para que escuchen la voz de sus conciudadanos y satisfagan sus justas aspiraciones, garantizando el pleno respeto de los derechos humanos y las libertades civiles. Por último, invito a las comunidades eclesiales que viven en esos contextos, bajo la guía de sus pastores, a trabajar por el diálogo, siempre a favor del diálogo, y a favor de la reconciliación —hemos hablado de perdón, de reconciliación—.

Debido a la situación de pandemia, este año la tradicional Colecta para Tierra Santa se ha trasladado del Viernes Santo a hoy, víspera de la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. En el contexto actual, esta Colecta es aún más un signo de esperanza y solidaridad con los cristianos que viven en la Tierra donde Dios se hizo carne y murió y resucitó por nosotros. Hoy hacemos una peregrinación espiritual, en espíritu, con la imaginación, con el corazón, a Jerusalén, donde, como dice el Salmo, están nuestras fuentes (cf. Sal 87,7), y hacemos un gesto de generosidad para esas comunidades.

Os saludo a todos, a los fieles romanos y a los peregrinos de varios países. En particular, saludo a los ciclistas que sufren de Parkinson y que han recorrido la Vía Francígena desde Pavia hasta Roma. ¡Qué valientes! Gracias por vuestro testimonio. Saludo a la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores de Monte Castello di Vibio. Veo que también hay una Comunidad Laudato si': gracias por lo que hacéis; y gracias por la reunión de ayer aquí, con Carlin Petri y todos los directivos que siguen adelante en esta lucha por la custodia de la creación.

Os saludo a todos, a todos, de manera especial a las familias italianas que en agosto se dedicaron a la hospitalidad de los peregrinos. ¡Son muchas! A todos os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El Papa preocupado por el riesgo difundido de que la dimensión humana del cuidado se deje a la «buena voluntad» de cada médico

La persona enferma es siempre mucho más que un protocolo clínico

No permitir que la economía entre en el mundo de la sanidad penalizando la relación con los pacientes

«La persona enferma es siempre y mucho más que el protocolo —¡mucho más!— en el que se enmarca clínicamente». Lo subrayó el Papa en el discurso dirigido a los participantes en el encuentro anual de la Sociedad internacional de ginecología oncológica, recibidos en audiencia el viernes 11 de septiembre, en el aula Pablo VI.

Señoras y señores, ¡buenos días!

Os doy mi más cordial bienvenida y os agradezco esta visita con motivo de la reunión anual de la *International Gynecologic Cancer Society*. Me brinda la oportunidad de conocer y apreciar el compromiso de vuestra Asociación a favor de las mujeres que se enfrentan a enfermedades tan difíciles y complejas. Agradezco el saludo de vuestro Presidente, el Prof. Roberto Angioli, que ha promovido esta iniciativa. Me alegra recibir a las representantes de diversas asociaciones, especialmente entre las antiguas pacientes, que favorecen el intercambio y el apoyo mutuo. En vuestro valioso servicio, sois muy conscientes de la importancia de crear lazos de solidaridad entre los pacientes con patologías graves, involucran-

do de la cura, reavivando o aumentando la esperanza en ellos. Es la cercanía del amor, precisamente, que abre las puertas a la esperanza. Y también a la curación.

La persona enferma es siempre y mucho más que el protocolo —¡mucho más!— en el que se enmarca clínicamente y que se debe efectuar. Prueba aún más el hecho de que cuando el enfermo ve reconocida su singularidad —vuestra experiencia puede confirmarlo— crece aún más la confianza en el equipo médico y en un horizonte positivo.

Es mi deseo, y no dudo que también el vuestro, que todo esto no sólo permanezca como la expresión de un ideal, sino que encuentre cada vez más espacio y reconocimiento dentro de los sistemas sanitarios. A menudo se afirma, con razón, que la relación y el encuentro con el personal sanitario, forman parte de la cura. ¡Qué gran beneficio ofrece a los enfermos tener la oportunidad de abrir sus corazones libremente y hablar de su condición y situación! También la posibilidad de llorar con confianza: esto abre horizontes y contribuye a la curación. O, por lo menos, a llevar bien la enfermedad terminal.

de su condición personal, económica y social, no pueden hacerse oír.

Ciertamente, la investigación requiere un fuerte componente económico; es verdad. Sin embargo, creo que se puede encontrar un equilibrio entre los diversos factores. Sin embargo, hay que dar el primer lugar a las personas, en este caso a las mujeres enfermas, pero también —no lo olvidemos— al personal que trabaja en estrecha colaboración con ellas a diario, para que pueda trabajar en condiciones adecuadas. También para que pueda tomarse el tiempo de descanso para recobrar las fuerzas y poder seguir adelante.

Os animo a que difundáis en el mundo los valiosos resultados de vuestros estudios e investigaciones, en favor de las mujeres a las que prestáis atención. Ellas, a pesar de sus dificultades, nos recuerdan aspectos de la vida que a veces olvidamos, como la precariedad de nuestra existencia, la necesidad de los demás, la insensatez de vivir concentrados sólo en nosotros mismos, la realidad de la muerte como parte de la vida misma. La condición de la enfermedad recuerda esa actitud decisiva para el ser humano que es con-



do a los familiares y a los operadores sanitarios en una relación de ayuda mutua. Esto se vuelve aún más valioso cuando se enfrentan enfermedades que pueden poner en grave peligro, o perjudicar, la fertilidad y la maternidad. En estas situaciones, que repercuten profundamente en la vida de la mujer, es indispensable preocuparse, con gran sensibilidad y respeto, de la condición —psicológica, relational y espiritual— de cada paciente.

Por eso, no puedo sino alentar vuestro esfuerzo por valorar estas dimensiones dentro de una atención integral, incluso en los casos en los que el tratamiento es esencialmente paliativo. En esta perspectiva, resulta muy útil involucrar a personas que sean capaces de compartir el camino de la cura, dando una contribución de confianza, de esperanza y de amor. Todos sabemos —y también se ha demostrado— que vivir buenas relaciones ayuda y sostiene a los enfermos a lo largo del cami-

Sin embargo, en términos concretos, ¿cómo desarrollar esta gran necesidad dentro de la organización de los hospitales, que está fuertemente condicionada por los requisitos funcionales? Permitidme que exprese mi tristeza y preocupación por el riesgo, bastante generalizado, de dejar la dimensión humana del cuidado de las personas enfermas a la “buena voluntad” del médico individual, en lugar de considerarla —como es— una parte integral de la actividad de las curas ofrecidas por las estructuras sanitarias.

No hay que permitir que la economía entre en el mundo de la sanidad de forma tan contundente como para penalizar aspectos esenciales como la relación con los enfermos. En este sentido, son dignas de elogio las diversas asociaciones sin fines de lucro que colocan a los pacientes en el centro, respaldando sus necesidades y sus preguntas legítimas y dando también voz a quienes, debido a la fragilidad

fiarse: confiarse. Confiarse al otro hermano y hermana, y al Otro con mayúscula que es nuestro Padre celestial. Y recuerda también el valor de la cercanía, del hacerse prójimo, como nos enseña Jesús en la parábola del buen samaritano (cf. *Lc 10,25-37*). ¡Cuánto, cuánto cura una caricia en el momento oportuno! Vosotros lo sabéis mejor que yo...

Queridos amigos, os deseo todo lo mejor para vuestro trabajo. Sobre vosotros y sobre vuestras familias, sobre vuestros asociados y sobre aquellas a las que cuidáis, invoco la bendición de Dios; os bendigo a todos vosotros: a todos, cada uno con su propia fe, con su propia tradición religiosa. Pero Dios es el Único para todos. Os bendigo a todos. Invoco la bendición de Dios, fuente de esperanza, fortaleza y de paz interior. Os aseguro mi oración y —dicen que los curas piden siempre ¿no?— yo termino pidiéndos que recéis por mí porque lo necesito. Gracias.

En el discurso a la Comunidad Laudato si' el Papa desea que ecología y equidad vayan a la par

La salud del hombre no puede prescindir de la del ambiente

Basta con los compromisos genéricos de quien mira solo el consenso de electores o financiadores

«La salud del hombre no puede prescindir de la del entorno en el que vive». Lo reiteró Francisco durante la audiencia con los participantes del encuentro de la Comunidad Laudato si', recibidos el sábado por la mañana, 12 de septiembre. Fue Carlo Petrini —uno de los promotores de la iniciativa junto al obispo de Rieti, Domenico Pompili, presente también en el aula Pablo VI— quien saludó al Pontífice en nombre de los presentes, ilustrando las líneas guía del movimiento, que hoy está comprometido en tres frentes: el educativo, con la «difusión de la encíclica y la educación ambiental»; el de las «buenas y pequeñas prácticas cotidianas, que tienen un valor increíble»; y el de la denuncia, cuando «hay abusos perpetrados en relación con nuestra madre tierra». Petrini también subrayó

el valor de la fraternidad universal, recordando que «sin afecto y sin amor» la fraternidad no se convierte en «sustancia». A continuación el discurso pronunciado por el Papa.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os doy la bienvenida, y al saludaros deseo unirme a todos los miembros de las Comunidades Laudato si' de Italia y del mundo. Doy las gracias al señor Carlo Petrini, en mi lengua paterna, no en la materna; «Carlin». Habéis puesto como centro propulsor de todas vuestras iniciativas a la ecología integral propuesta por la Encíclica Laudato si'. Integral, porque todos somos criaturas y todo en la creación está relacionado, todo está conectado. Todavía más, me atrevería a decir: todo es armonioso.

Incluso la pandemia lo ha demostrado: la salud del hombre no puede prescindir de la del entorno en el que vive.

También es evidente que los cambios climáticos no sólo alteran el equilibrio de la naturaleza, sino que causan pobreza y hambre, golpean a los más vulnerables y a veces los obligan a abandonar sus tierras. El desprecio de la creación y las injusticias sociales se influyen mutuamente: se puede decir que no hay ecología sin equidad y no hay equidad sin ecología.

Estáis motivados para ocuparos de los últimos y de la creación, juntos, y queréis hacerlo siguiendo el ejemplo de San Francisco de Asís, con mansedumbre y laboriosidad. Os doy las gracias por ello, y renuevo mi llamamiento a comprometerse para salvaguardar nuestra casa común. Es una tarea que concierne a todos, especialmente a los responsables de las naciones y de las actividades productivas.

Hace falta una voluntad real de enfrentar desde la raíz las causas de los trastornos climáticos en curso. No bastan los compromisos genéricos, palabras, palabras... y no se puede apuntar sólo al consenso inmediato de los propios votantes o financiadores.

Hay que mirar muy lejos, de lo contrario la historia no perdonará. Hay que trabajar hoy para el mañana de todos. Los jóvenes y los pobres nos pedirán cuentas. Es nuestro reto. Tomo una frase del teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer: nuestro

reto, hoy, no es «cómo nos las arreglamos», cómo salimos nosotros de esto; nuestro verdadero reto es «cómo podrá ser la vida de la próxima generación»: ¡es lo que tenemos que pensar!

Queridos amigos, ahora me gustaría compartir con vosotros dos palabras clave de la ecología integral: contemplación y compasión.

Contemplación. Hoy en día, la naturaleza que nos rodea ya no es admirada, contemplada, sino «devorada». Nos hemos vuelto voraces, dependientes de los beneficios y de los resultados inmediatos y a cualquier precio.

Para no olvidar hay que volver a la contemplación; para no distraerse con mil cosas inútiles hay que encontrar el silencio; para que el corazón no enferme hay que detenerse. No es fácil. Es necesario, por ejemplo, liberarse de la prisión del móvil, para mirar a los ojos a los que están a nuestro lado y a la creación que se nos ha dado.

Contemplar es regalarse tiempo para estar en silencio, para rezar, para que regresen al alma la armonía, el equilibrio sano entre la cabeza, el corazón y las manos, entre el pensamiento, el sentimiento y la acción. La contemplación es el antídoto para las decisiones precipitadas, superficiales y sin pies ni cabeza.

El que contempla aprende a sentir el terreno que lo sostiene, comprende que no está solo y sin sentido en el mundo. Descubre la ternura de la mirada de Dios y entiende que es precioso.

Cada uno es importante a los ojos de Dios, cada uno puede transformar un pedazo del mundo contaminado por la voracidad humana en la

sión es «padecer con»; se tiene compasión por los demás si se va más allá de excusas y teorías, para ver en los demás hermanos y hermanas a los que hay que custodiar: es lo que ha dicho al final Carlo Petrini sobre la fraternidad. Esta es la prueba, porque esto es lo que hace la mirada de Dios, que no obstante todo el mal que pensamos y hacemos, siempre nos ve como hijos amados. No ve individuos, sino hijos, nos ve como hermanos y hermanas de una sola familia, que vive en la misma casa. Nunca somos extraños a sus ojos. Su compasión es lo contrario de nuestra indiferencia. La indiferencia es aquel —me permito la frase algo vulgar— «pasar de», que entra en el corazón, en la mentalidad y que termina con un «que se las arregle». La compasión es lo opuesto a la indiferencia.

Es lo mismo para nosotros: nuestra compasión es la mejor vacuna contra la epidemia de la indiferencia. «No me concierne», «no me corresponde», «no tengo nada que ver», «es asunto suyo»: he aquí los



Un grupo de fieles de la Comunidad Laudato si' durante el Angelus del domingo 13 de agosto

La mirada sobre la realidad es cada vez más rápida, distraída, y superficial, mientras que en poco tiempo se queman las noticias y los bosques. Enfermos de consumo: esta es nuestra enfermedad, enfermos de consumo. Nos afanamos por la última «app», pero ya no sabemos los nombres de nuestros vecinos, y mucho menos sabemos distinguir un árbol de otro. Y lo que es más grave, con este modo de vida se pierden las raíces, se pierde la gratitud por lo que hay y por quienes nos lo han dado.

realidad buena querida por el Creador.

El que sabe contemplar, en efecto, no se queda de brazos cruzados, sino que actúa de forma concreta. La contemplación te lleva a la acción, a hacer.

He aquí la segunda palabra: compasión. Es el fruto de la contemplación. ¿Cómo se entiende si alguien es contemplativo, si ha asimilado la mirada de Dios? Si tiene compasión por los demás. Compasión no es decir: «pero, me da pena esto»; compa-

síntomas de la indiferencia. Hay una buena foto... ya lo he dicho otras veces ¿eh? —una hermosa fotografía tomada por un fotógrafo romano, está en la Limosnería.

Una noche de invierno, se ve a una señora mayor que sale de un restaurante de lujo, con pieles, sombrero, guantes: bien tapada contra el frío; sale, después de comer bien —lo cual no es pecado, ¡comer bien! [se ríen]— y hay otra mujer en la puerta, con una muleta, mal vestida, se puede ver que siente frío... una sintecho,

con la mano tendida... Y la señora que sale del restaurante mira para otro lado. La imagen se llama "Indiferencia".

Cuando la vi, llamé al fotógrafo para decirle: "Fuiste muy bueno al sacar esta instantánea", y le dije que la pusiera en la Limosnería: para no caer en el espíritu de la indiferencia. En cambio, el que tiene compasión, pasa del "no me importas" a "eres importante para mí". O por lo menos "tú me has llegado al corazón". Pero la compasión no es sólo un buen sentimiento, no es pietismo, es crear un nuevo vínculo con el otro. Es hacerse cargo, como el buen samaritano que, movido por la compasión, se ocupa del desgraciado al que ni siquiera conoce (cf. *Lc 10, 33-34*).

El mundo necesita esta caridad creativa y activa, gente que no esté comentando delante de una pantalla, sino gente que se ensucie las manos para remover la degradación y restaurar la dignidad. Tener compasión es una decisión: es elegir no tener ningún enemigo para ver en cada uno a mi prójimo. Y esta es una decisión.

Esto no significa volverse pusilánimes y dejar de luchar. Al contrario, quien tiene compasión entra en una dura lucha diaria contra el descarte y el despilfarro, el descarte de los demás y el despilfarro de las cosas. Duele pensar en cuánta gente se descarta sin compasión: ancianos, niños, trabajadores, discapacitados... Pero también es escandaloso el despilfarro de cosas. La FAO ha documentado que en los países industrializados se tiran más de mil millones —¡más de mil millones!— de toneladas de alimentos.

Esta es la realidad. Ayudémonos mutuamente a luchar contra el descarte y el despilfarro, exijamos opciones políticas que conjuguen el progreso y la equidad, el desarrollo y la sostenibilidad para todos, de modo que nadie se vea privado de la tierra en que vive, del buen aire que respira, del agua que tiene derecho a beber y del alimento que tiene derecho a comer.

Estoy seguro de que los miembros de cada una de vuestras Comunidades no se contentarán con vivir como espectadores, sino que siempre serán protagonistas humildes y resueltos de la construcción del futuro de todos.

Y todo esto hace la fraternidad. Trabajar como hermanos. Construir la fraternidad universal. Y este es el momento, este es el reto de hoy.

Os deseo que alimentéis la contemplación y la compasión, ingredientes indispensables de la ecología integral. Gracias por vuestras oraciones y a todos los que rezan entre vosotros os pido que recéis, y a los que no rezan, por lo menos mandadme ondas buenas: ¡lo necesito! (ríen, aplausos).

Y ahora me gustaría pedirle a Dios que bendiga a cada uno de vosotros, que bendiga el corazón de cada uno de vosotros, creyentes o no, de cualquier tradición religiosa que sea: que Dios os bendiga a todos.

Amén.



Para la Jornada mundial del migrante y del refugiado

Compartir para promover

«Involucrar para promover». Es el tema del vídeo —el quinto de la serie en preparación a la 106ª Jornada mundial del migrante y del refugiado, que se celebrará el 27 de septiembre— propuesto por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en particular por su Sección que se ocupa directamente del fenómeno de la movilidad humana.

Es el mismo Papa Francisco quien explica en el vídeo la elección del tema de la cita de este año: «He querido dedicar la Jornada mundial del migrante y del refugiado —afirma— al cuidado pastoral de los desplazados internos. He elegido como lema de mi Mensaje "Como Jesucristo, obligados a huir", centrándome mi reflexión en la experiencia de Jesús niño, desplazado y refugiado, junto con sus padres». A la imagen del Pontífice le sigue la de un sacerdote de origen asiático que testimonia su experiencia personal de migrante interno. «Todas las dificultades encontradas, el viaje de los desplazados internos, —cuenta— es un camino de vocación para mí... Cuando me ordené sacerdote pude comprender mucho mejor que otras personas, a los desplazados». El Papa, por su parte, subraya cómo «a veces, el entusiasmo del servicio no nos permite ver la riqueza de los demás. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate». Personas, por tanto, artífices de la propia emancipación e integración social en el nuevo ambiente al que los desplazados llegan. No por casualidad, mientras retoma la palabra el sacerdote, pasan imágenes de cómics —técnica visual eficaz elegida también para los precedentes vídeos— de personas que tristemente empujan una barca con sus maletas, obligadas a dejar sus casas y su ambiente para encontrar fortuna en otro lugar.

«Ser un desplazado interno —indica el sacerdote— significa perder todo y empezar desde cero. Y cuando digo "todo", me refiero a nuestras relaciones, nuestros medios de subsistencia, la escuela, nuestras amistades, todo lo que teníamos lo perdimos, así que tuvimos que empezar desde cero». Las viñetas esta vez representan niños obligados a trabajar, rostros tristes y emancipados de personas que caminan casi por inercia hacia un hipotético futuro, grupos de gente que vive en condiciones dramática tanto desde el punto de vista higiénico, como habitacional. «Ser un desplazado interno —retoma el sacerdote— significa que de niño no tenía los mismos derechos o las mismas oportunidades que los niños normales. Por ejemplo, cuando era pequeño, mientras los otros niños jugaban, yo tenía que trabajar para ganarme la vida. Así que trabajaba en el club de golf cargando con las bolsas de los jugadores». Las imágenes ilustran las palabras del joven sacerdote, que se hace "portavoz" de una masa anónima de hombres y mujeres obligados a una precariedad cotidiana: «Todas las dificultades encontradas, el viaje de los desplazados internos, es un camino de vocación para mí. Al ser muy pobres, mi madre no tenía los medios para pagarme una educación, por lo que me envió a vivir a una pensión cerca de una Iglesia católica. Esto fue una buena señal para mí, fue un camino de vocación al sacerdocio. Cuando me ordené sacerdote pude comprender, mucho mejor que otras personas, a los desplazados».

Al margen de estas palabras, se presenta un boceto pintado con la escena de un bautismo de un niño. «Por eso, sé —continúa la voz del narrador— que necesitan recibir una buena palabra, necesitan comprensión, especialmente por parte de los líderes de la Iglesia. Cuando les visitaban, cuando estaban con ellos, se sentían muy felices, se sentían protegidos». El vídeo se concluye con las imágenes de la fuga en Egipto de la Sagrada Familia: una invitación a la esperanza y a la consolución.

Una encíclica para todos los hermanos y hermanas

En algunos países se ha debatido sobre el título del nuevo documento papal y la forma de traducirlo en un sentido inclusivo. Pero una encíclica es en sí misma un mensaje universal y Francisco quiere hablar verdaderamente al corazón de cada persona. El texto se publicará el 4 de octubre, según ha informado la Oficina de Prensa del Vaticano.

ANDREA TORNIELLI

«Fratelli tutti» es el título que el Papa ha establecido para su nueva encíclica dedicada, como leemos en el subtítulo, a la «fraternidad» y a la «amistad social». El título original en italiano permanecerá como tal —y por lo tanto no será traducido— en todos los idiomas en los que el documento será distribuido. Como es bien sabido, las primeras palabras de la nueva «carta circular» (este es el significado de la palabra «encíclica») están inspiradas en el gran Santo de Asís cuyo nombre eligió el Papa Francisco. A la espera de conocer el contenido de este mensaje, que el Sucesor de Pedro pretende dirigir a toda la humanidad y que firmará el próximo 3 de octubre sobre la tumba del santo, en los últimos días hemos asistido a discusiones sobre el único dato disponible, a saber, el título y su significado. Como es una cita de San Francisco (que se encuentra en las *Admoniciones*, 6, 1: FF 155), el Papa obviamente no la ha cambiado. Pero sería absurdo pensar que el título, en su formulación, contiene alguna intención de excluir de los destinatarios a más de la mitad de los seres humanos, a saber, las mujeres.

Por el contrario, Francisco eligió las palabras del santo de Asís para inaugurar una reflexión que le interesa mucho sobre la fraternidad y la amistad social y, por lo tanto, tiene la intención de dirigirse a todas sus hermanas y hermanos, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que pueblan la tierra. A todos, de una manera inclusiva y nunca exclusiva. Vivimos en una época marcada por la guerra, la pobreza, la migración, el cambio climático, la crisis económica, la pandemia: reconocernos a nosotros mismos como hermanos y hermanas, reconocer en quiénes nos encontramos un hermano y una hermana; y para los cristianos, reconocer en el otro quien sufre el rostro de Jesús; es una forma de reafirmar la irreductible dignidad de todo ser humano creado a imagen de Dios. Y es también una manera de recordarnos que de las dificultades actuales nunca podremos salir solos, uno contra otro, Norte contra Sur, rico contra pobre. O separados por cualquier otra diferencia de exclusión. El pasado 27 de marzo, en medio de la pandemia, el Obispo de Roma rezó por la salvación de todos en una vacía plaza de San Pedro, bajo una lluvia torrencial, acompañado sólo por la mirada dolorosa del Crucifijo de San Marcelo y la mirada amorosa de María Salus Populi Romani. «Con la tormenta —dijo Francisco— se ha caído el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros 'egos' siempre preocupados por nuestra propia imagen, y se ha descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos escapar: la pertenencia como hermanos». El tema central de la carta papal es esta «bendita pertenencia común» que nos hace hermanos y hermanas.

La fraternidad y la amistad social, los temas indicados en el subtítulo, indican lo que une a hombres y mujeres, un afecto que se establece entre personas que no son parientes de sangre y que se expresa a través de actos de benevolencia, con formas de ayuda y acciones generosas en tiempos de necesidad. Un afecto desinteresado hacia otros seres humanos, sin importar la diferencia y la pertenencia. Por esta razón no hay posibles malentendidos o lecturas parciales del mensaje universal e inclusivo de las palabras «Fratelli tutti».

Carta a los presidentes de las Conferencias episcopales sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del Covid-19

¡Volvemos con alegría a la Eucaristía!

La Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos ha enviado a los presidentes de las Conferencias Episcopales una carta —dijunta en la mañana del sábado 12 de septiembre— sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del covid-19. Publicamos el texto a continuación.

La pandemia debida al virus Covid 19 ha producido alteraciones no solo en las dinámicas sociales, familiares, económicas, formativas y laborales, sino también en la vida de la comunidad cristiana, incluida la dimensión litúrgica. Para impedir el contagio del virus ha sido necesario un rígido distanciamiento social, que ha tenido repercusión sobre un aspecto fundamental de la vida cristiana: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20); «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común» (Hch 2,42-44). La dimensión comunitaria tiene un significado teológico: Dios es relación de Personas en la Trinidad Santísima; crea al hombre en la complementariedad relacional entre hombre y mujer porque «no es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2,18), se relaciona con el hombre y la mujer y los llama, a su vez, a la relación con él: como bien intuyó san Agustín, nuestro corazón está inquieto hasta que encuentra a Dios y descansa en él (cf. *Confesiones*, 1, 1). El Señor Jesús inició su ministerio público llamando a un grupo de discípulos para que compartieran con él la vida y el anuncio del Reino; de este pequeño rebaño nace la Iglesia. Para describir la vida eterna, la Escritura usa la imagen de una ciudad: la Jerusalén del cielo (cf. *Ap 21*); una ciudad es una comunidad de personas que comparten valores, realidades humanas y espirituales fundamentales, lu-

Conscientes que Dios no abandona jamás a la humanidad que ha creado, y que las pruebas más duras pueden dar frutos de gracia, hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad incommensurable

gares, tiempos y actividades organizadas, que concurren en la construcción del bien común.

Mientras los paganos construían templos dedicados a la deidad, a los que las personas no tenían acceso, los cristianos, apenas gozaron de la libertad de culto, rápidamente edificaron lugares que fueran *domus Dei et domus ecclesiae*, donde los fieles pudieran reconocerse como comunidad de Dios, pueblo convocado para el culto y constituido en asamblea santa. Por eso, Dios puede proclamar: «Yo seré vuestro Dios y tú serás mi pueblo» (cf. *Éx 6,7; Dt 14,2*). El Señor se mantiene fiel a su Alianza (cf. *Dt 7,9*) e Israel se convierte, por tanto, en Morada de Dios, lugar santo de su presencia en el mundo (cf. *Éz 29,45; Lev 26,11-12*). Por eso, la casa

del Señor supone la presencia de la familia de los hijos de Dios.

También hoy, en la plegaria de dedicación de una nueva iglesia, el Obispo pide que ésta sea lo que tiene que ser por su propia naturaleza:

«[...] sea siempre lugar santo [...]. Que en este lugar el torrente de tu gracia lave las manchas de los hombres, para que tus hijos, Padre, muertos al pecado, renazcan a la vida nueva. Que tus fieles, reunidos junto a este altar, celebren el memorial de la Pascua y se fortalezcan con la palabra y el cuerpo de Cristo.

Que resuene aquí la alabanza jubilosa que armoniza las voces de los ángeles y de los hombres, y que suba hasta ti la plegaria por la salvación del mundo. Que los pobres encuentren aquí misericordia, los oprimidos alcancen la verdadera libertad, y todos los hombres sientan la dignidad de ser hijos tuyos, hasta que lleguen, gozosos, a la Jerusalén celestial».

La comunidad cristiana no ha buscado nunca el aislamiento y nunca ha hecho de la iglesia una ciudad de puertas cerradas. Formados en el valor de la vida comunitaria y en la bisqueda del bien común, los cristianos siempre han buscado su inserción en la sociedad, incluso siendo conscientes de una alteridad: estar en el mundo sin pertenecer a él y sin someterse a él (cf. *Carta a Diogneto*, 5-6). También, en la emergencia pandémica, ha surgido un gran sentido de responsabilidad: los Obispos y sus conferencias territoriales, en escucha y colaboración con las autoridades civiles y con los expertos, han estado dispuestos para asumir decisiones difíciles y dolorosas, hasta la suspensión prolongada de la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía.

Esta Congregación está profundamente agradecida a los Obispos por el compromiso y el esfuerzo realizados por intentar dar una respuesta, del mejor modo posible, a una situación imprevista y compleja.

Sin embargo, tan pronto como las circunstancias lo permitan, es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente de la Eucaristía, como «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza...» (*Sacrosanctum Concilium*, 10).



Conscientes del hecho de que Dios no abandona jamás a la humanidad que ha creado, y que incluso las pruebas más duras pueden dar frutos de gracia, hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad incommensurable. Tan pronto como sea posible, es necesario volver a la Eucaristía con el corazón purificado, con un asombro renovado, con un crecido deseo de encontrar al Señor, de

En la celebración eucarística, los fieles adoran a Jesús Resucitado presente; y vemos que fácilmente se pierde el sentido de la adoración, la oración de adoración. Pedimos a los Pastores que, en sus catequesis, insistan sobre la necesidad de la adoración

estar con él, de recibirlo para llevarlo a los hermanos con el testimonio de una vida plena de fe, de amor y de esperanza.

Este tiempo de privación nos puede dar la gracia de comprender el corazón de nuestros hermanos mártires de Abitina (inicios del siglo IV), los cuales respondieron a sus jueces con serena determinación, incluso de frente a una segura condena a muerte: «Sine Domino non possumus (no podemos) y la riqueza de significado del sustantivo neutro *Dominicum* (lo que es del Señor) no se pueden traducir con una sola palabra.

Una brevisima expresión compendia una gran riqueza de matices y significados que se ofrecen hoy a nuestra meditación:

No podemos vivir, ser cristianos, realizar plenamente nuestra humanidad y sus deseos de bien y de felicidad que habitan en el corazón sin la Palabra del Señor, que en la celebración toma cuerpo y se convierte en palabra viva, pronunciada por Dios para quien hoy abre su corazón a la escucha;

No podemos vivir como cristianos sin participar en el Sacrificio de la Cruz en el que el Señor Jesús se da sin reservas para salvar, con su muerte, al hombre que estaba muerto por el pecado; el Redentor asocia a sí a la humanidad y la reconduce al Padre; en el abrazo del Crucificado encuentra luz y consuelo todo sufrimiento humano;

No podemos sin el banquete de la Eucaristía, mesa del Señor a la que somos invitados como hijos y hermanos para recibir al mismo Cristo Resucitado, presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad en aquel Pan del cielo que nos sostiene en los gozos y en las fatigas de la peregrinación terrena.

No podemos sin la comunidad cristiana, la familia del Señor; tenemos necesidad de encontrar a los hermanos que comparten la filiación divina, la fraternidad de Cristo, la vocación y la bisqueda de la santidad y de la salvación de sus almas en la rica diversidad de edad, historias personales, carismas y vocaciones.

No podemos sin la casa del Señor, que es nuestra casa, sin los lugares san-

tos en los que hemos nacido a la fe, donde hemos descubierto la presencia providente del Señor y hemos descubierto el abrazo misericordioso que levanta al que ha caído, donde hemos consagrado nuestra vocación a la vida religiosa o al matrimonio, donde hemos suplicado y dado gracias, hemos reído y llorado, donde hemos confiado al Padre nuestros seres queridos que han finalizado ya su peregrinación terrena;

No podemos sin el día del Señor, sin el Domingo que da luz y sentido a la sucesión de los días de trabajo y de las responsabilidades familiares y sociales.

Aun cuando los medios de comunicación desarrollen un apreciado servicio a los enfermos y aquellos que están imposibilitados para ir a la iglesia, y han prestado un gran servicio en la transmisión de la Santa Misa

en el tiempo en el que no había posibilidad de celebrarla comunitariamente, ninguna transmisión es equiparable a la participación personal o puede sustituirla. Más aun, estas transmisiones, por sí solas, corren el riesgo de alejar de un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado que se ha entregado a nosotros no de modo virtual, sino realmente, diciendo: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6,56). Este contacto físico con el Señor es vital, indispensable, insustituible. Una vez que se hayan identificado y adoptado las medidas concretas para reducir al mínimo el contagio del virus, es necesario que todos retornen su lugar en la asamblea de los hermanos, redescubran la insustituible preciosidad y belleza de la celebración, requieran y atraigan, con el contagio del entusiasmo, a los hermanos y hermanas desanimados, asustados, ausentes y distraídos durante mucho tiempo.

Este Dicasterio tiene la intención de reiterar algunos principios y sugerir algunas líneas de acción para promover un rápido y seguro retorno a la celebración de la Eucaristía.

La debida atención a las normas higiénicas y de seguridad no puede llevar a la esterilización de los gestos y de los ritos, a la incitación, incluso inconscientemente, de miedo e inseguridad en los fieles.

Se confía en la acción prudente pero firme de los Obispos para que la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía no sea reducida por parte de las autoridades públicas a una «reunión», y no sea considerada como equiparable o, incluso, subordinada a formas de agregación recreativas.

Las normas litúrgicas no son materia sobre la cual puedan legislar las autoridades civiles, sino solo las competentes autoridades eclesiales (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 22).

Se facilite la participación de los fieles en las celebraciones, pero sin improvisados experimentos rituales y con to-



tal respeto de las normas, contenidas en los libros litúrgicos, que regulan su desarrollo.

En la liturgia, experiencia de sacralidad, de santidad y de belleza que transfigura, se pregunta la armonía de la bienaventuranza eterna: se tenga cuidado, pues, de la dignidad de los lugares, de los objetos sagrados, de las modalidades celebrativas, según la autorizada indicación del Concilio Vaticano II: «Los ritos deben resplandecer con noble sencillez» (*Sacrosanctum Concilium*, 34).

Se reconozca a los fieles el derecho a recibir el Cuerpo de Cristo y de adorar al Señor presente en la Eucaristía en

La debida atención a las normas higiénicas y de seguridad no puede llevar a la esterilización de los gestos y de los ritos, a la incitación, incluso inconscientemente, de miedo e inseguridad en los fieles

los modos previstos, sin limitaciones que vayan más allá de lo previsto por las normas higiénicas emanadas por parte de las autoridades públicas o de los Obispos.

En la celebración eucarística, los fieles adoran a Jesús Resucitado presente; y vemos que fácilmente se pierde el sentido de la adoración, la oración de adoración. Pedimos a los Pastores que, en sus catequesis, insistan sobre la necesidad de la adoración.

Un principio seguro para no equivocarse es la obediencia. Obediencia a las normas de la Iglesia, obediencia a los Obispos. En tiempos de dificultad (pensamos, por ejemplo, en las guerras, las pandemias) los Obispos y las Conferencias Episcopales pueden dar normativas provisionarias a las que se debe obedecer.

La obediencia custodia el tesoro confiado a la Iglesia. Estas medidas dictadas por los Obispos y por las Conferencias Episcopales finalizan cuando la situación vuelve a la normalidad.

La Iglesia continuará protegiendo la persona humana en su totalidad. Esta testimonio la esperanza, invita a confiar en Dios, recuerda que la existencia terrena es importante, pero mucho más importante es la vida eterna: nuestra meta es compartir la misma vida con Dios para la eternidad. Esta es la fe de la Iglesia, testimonial de a lo largo de los siglos por legiones de mártires y de santos, un anuncio positivo que libera de reduccionismos unidimensionales, de ideologías: a la preocupación debida por la salud pública, la Iglesia une el anuncio y el acompañamiento de la salvación eterna de las almas. Continuamos, pues, confiándonos a la misericordia de Dios, invocando la intercesión de la bienaventurada Virgen María, *salus infirmorum et auxilium christianorum*, por todos aquellos que son probados duramente por la pandemia y por cualquier otra aflicción, perseveremos en la oración por aquellos que han dejado esta vida y, al mismo tiempo, renovemos el propósito de ser testigos del Resucitado y anunciadores de una esperanza cierta, que trasciende los límites de este mundo.

En la Ciudad del Vaticano, a 15 de agosto de 2020

Solemnidad de la Asunción de la bienaventurada Virgen María

El Sumo Pontífice Francisco, en la Audiencia concedida el 3 de septiembre de 2020 al infrascripto Cardenal Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los sacramentos, ha aprobado la presente Carta y ha ordenado su publicación.

Robert Card. Sarah
Prefecto

¡Muchas gracias, Señor! ¡Gracias, Pedro!

PEDRO BELDERRAIN, CMF*

La vida es una caja de sorpresas. Nos enseña sin parar. En 2020 lo ha demostrado quizá más que otras veces. Todos surcamos el mar de la vida en la misma barca. Nadie navega solo. Todos debemos mucho a los demás. Miles de cristianos no hemos tratado con Pedro o nos hemos cruzado con él algunas cartas y mensajes. Éramos muy jóvenes cuando dejó esta Europa a la que nunca regresó. Pero tenemos la sensación de haber vivido siempre con él: sus palabras, sus poesías, su ejemplo, nos acompañan desde que tenemos uso de razón (y ya ha pasado tiempo!). De lejos, pero muy de cerca, su caminar de bautizado ha acompañado el nuestro.

Pedro se reíría hoy con nosotros. Quizá lo haga ya desde la vida eterna. Por segunda vez en pocos años nos había tocado desmentir su defunción. El cariño hecho preocupación llevó a que estos años su muerte se anunciara varias veces. Hoy su paso a la casa del Padre es una realidad; esta parte de su caminata ha terminado.

Quienes compartimos el espíritu de San Antonio María Claret, mujeres y varones, laicos y consagrados, tenemos mil razones para bendecir al Señor y cientos de hermanos de los que hablar con orgullo. En julio y agosto recordamos a muchos. Pedro es una de ellas. Su vida habla sola. No es la vida de alguien sin pecado ni errores (eso sólo se dio en el Jesús para el que quiso vivir); sí la de un discípulo que dejó que el amor de Cristo y la pasión por el Reino y sus causas fueran el centro de su vida.

Hace años celebramos con gozo los ochenta años de Pedro; en febrero de 2018 los noventa; en septiembre habríamos brindado a los setenta y

cinco de su profesión religiosa, y lo haremos. Una vida tan larga ha dado mucho de sí; Pedro podría haber pasado a la historia (como vive en la memoria de muchos) como el formador de seminaristas, el director de la revista Iris de Paz, el animador de Cursillos, el amigo de tantos obreros y guardias civiles. Se ganó merecida y sobrada fama como poeta, cantor de María y valiente denunciador de toda clase de injusticia. Cielo y tierra nunca se separaron en él. Pocos gritaron y defendieron la dignidad de todo humano marginado o

agredido como él; pocos recordaron la centralidad de la oración o la eucaristía haciéndose tan pan partido en el camino como él.

Hoy tenemos prisa. Es muy fácil quedarse con 'algo' de Pedro. Pero como toda gran obra (de la Gracia, de su respuesta), Pedro da mucho de sí. Lo primero, lo que él nos diría: no me miréis; mirad a Jesús. Y miradlo mucho, pero de inmediato, sin perder tiempo, mirad a los hermanos. ¡El Reino, el Reino, el Reino todo lo hace pequeño: territorios, credos, facciones!

Como María, la madre de Jesús de Nazaret, Pedro siempre señaló a Jesús.

Como a María a Pedro le sobraron todos los premios y honores.

Como para María, pobres y pequeños fueron para él los primeros.

¡Muchas gracias, Señor! ¡Muchas gracias, Pedro! Que sean nuestras vidas, no sólo nuestras palabras, las que honren tu memoria. ¡Hasta pronto!

*Misioneros Claretianos de Santiago. Superior provincial



Biografía de Pedro Casaldáliga

Pedro Casaldáliga, misionero español y obispo emérito de São Félix do Araguaia ha fallecido a los 92 años. Tras mucho tiempo sufriendo de Parkinson, falleció el pasado 8 de agosto, en casa, rodeado de los suyos. Hablar de Casaldáliga es hablar de Dios, de los pobres, de la tierra, los indígenas y los mártires. También poeta y de la congregación de los Misioneros Claretianos, «era un religioso de una vida de oración muy profunda, de donde nace su ofrenda apostólica con la gente marginada», se lee en el comunicado enviado por su congregación para anunciar el fallecimiento. Asimismo, se indica que fue «un hombre insobornable» y «comprometido con el Evangelio». Este obispo descalzo y sin mitra con el corazón lleno de nombres —prosigue el comunicado— nunca dejó de apoyar a todos los que hoy más le cantan, y que no dejarán que sus versos sean un futuro imposible.

Pedro Casaldáliga nació a orillas del Llobregat, en una lechería de Balsanery en 1928, en el seno de una familia católica. Desde los ocho años y hasta los once tuvo que vivir la fe a escondidas, ya que se encontraba en zona republicana durante la Guerra Civil española. Al finalizar la guerra, le hizo saber a sus padres su deseo de ser sacerdote. Al año siguiente entró al seminario de Vic. «Sabadell, durante seis años y Barcelona durante los tres siguientes supusieron un contacto con la realidad social española que fue determinante a la hora de modelar su estilo y la esencia de su ministerio sacerdotal», explica el comunicado de los Claretianos. Fueron años en los que alternó el mundo obrero con los Cursillos de Cristiandad, con la vida en comunidad, con clases en la escuela y horas en el confesonario. Fue director de la Juventud Claretiana, donde atendía a los descartados. Fue llamado para implantar los Cursillos en Guinea, en la parte que aún era española.

A los 33 años, coincidiendo con el inicio del Concilio Vaticano II, le destinaron a Barbastro, para ser formador de los seminaristas claretianos y pasó allí tres años. Desde ahí a Madrid, para dirigir la centenaria revista cordimariana El Iris de Paz, a la que cambió el nombre por Iris, Revista de Testimonio y Esperanza. En 1967 fue elegido para participar en el Capítulo General como representante de la antigua Provincia de Aragón. Durante este Capítulo de renovación fue enviado al Mato Grosso: «Yo —apunta Pedro en sus diarios— había conseguido, por fin, lo que había soñado y pedido y buscado, rabiosamente, durante todos los días de mi vida de vocación: las Misiones».

Llegó en 1968 con Manuel Luzón, CMF, para fundar una misión en São Félix do Araguaia, pequeño municipio del Mato Grosso en Brasil. 150.000 kilómetros cuadrados de pastizales, florestas, selvas y ríos habitados por indios, pobres campesinos emigrados y peones de acarreo de los interminables latifundios agropecuarios fueron hechos Prelatura Apostólica por la Santa Sede en 1969. Le consagraron obispo el 23 de octubre de 1971,

día de San Antonio María Claret. Y ese mismo día publicó la carta pastoral «Una Iglesia en la Amazonia en conflicto con el latifundio y la marginación social». Junto a la Doctrina de la Iglesia que incluía denunciar las injusticias en la evangelización, daba 80 páginas de testimonios con nombres, apellidos, lugares, haciendas y firmas. Y comenzó a ser misionero-obispo bajo amenazas de muerte. Nunca volvió a España. No abandonó la misión porque no podía correr el riesgo de salir de Brasil. El trabajo pastoral de Casaldáliga y de su equipo se centró en catequesis y celebraciones de la fe; educación; atención a la salud; y las reivindicaciones mayores como la defensa de los derechos humanos, la lucha por la tierra y la causa indígena.

Le diagnosticaron la enfermedad de Parkinson en 1984. Pero siguió siendo obispo hasta 2005, cuando el Papa aceptó su renuncia al cargo al llegar a la edad prevista.

Al final de sus años —explica el comunicado de los claretianos— muchos medios de comunicación estuvieron interesados en acercarse a Pedro, pero él se resistía a conceder entrevistas que hablaran de sí mismo: «Olvídense de mí y ocupense de las causas que dan sentido a mi vida. Ellas permanecen».

Conocida también su faceta como escritor y poeta. El escritor argentino, Adolfo Pérez Esquivel le propuso para premio Nobel de la Paz de 1989. «El motivo principal para lanzar la candidatura de Pedro es el trabajo realizado durante veinte años por este obispo en pro de la integración latinoamericana en defensa de los derechos de los indios pobres y de los trabajadores de la Amazonia brasileña», dijo Esquivel.

La confianza en Dios siempre fue el motor de Don Pedro Casaldáliga, de alguien que entregó su vida en favor de la Amazonia y de sus pueblos, de alguien que siempre entendió, asumió y predicó que juntos somos más y podremos soñar más alto. Pedro Casaldáliga, o Don Pedro, o simplemente Pedro, como a él le gustaba que le llamasen, siempre se sintió un poeta. Sus palabras encantaban y seguirán encantando, porque la memoria del justo es eterna. Inclusive encantaron al Papa Francisco, que se acordó de una de sus poesías para iluminar sus reflexiones en *Querida Amazonia*. Así lo explica en una nota Luis Miguel Modino, misionero en Brasil, junto con la Secretaría Ejecutiva y toda la Red Eclesial Panamazónica. Igualmente asevera que «la Amazonia siempre fue una tierra querida para Pedro, pero en verdad fue más que una tierra, fue una vida, su vida». Si hoy en la Iglesia, la Amazonia, la periferia, se convirtió en el centro, «es porque muchos Pedros mostraron la riqueza que ella encierra». Son ellos y ellas «quienes nos han enseñado a mirar a la Amazonia y a sus pueblos como fuente de vida en el corazón de la Iglesia y del mundo, que va inundando las entrañas de tantos hombres y mujeres que siguen soñando con el Reino».

El Pontífice recibe a los familiares de las víctimas de la tragedia de hace un año y medio en Corinaldo
No hay adjetivos para la muerte de un hijo

Un Ave María por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia ed Eleonora

«Cuando se pierde un hijo, no existe un adjetivo. La pérdida de un hijo es imposible de “adjetivar”. He perdido a un hijo: pero ¿qué soy? No, no soy ni huérfano, ni viudo. He perdido a un hijo. Sin adjetivo. No existe. Y este es también vuestro gran dolor.». Lo subrayó el Papa —con un añadido improvisado al discurso preparado— recibiendo en audiencia a los familiares de las seis víctimas de la tragedia sucedida en la discoteca de Corinaldo, en provincia de Ancona, la noche del 8 de diciembre de 2018. Al finalizar el encuentro —que tuvo lugar el sábado 12 de septiembre, en la Sala del Consistorio— el Pontífice pidió a los presentes recitar juntos un «Ave María» por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia ed Eleonora.

Queridos hermanos y hermanas:

Gracias por haber venido a compartir también conmigo vuestro dolor y vuestra oración. Recuerdo que entonces, cuando ocurrió la tragedia, me sobrecogió. Pero con el paso del tiempo, y desafortunadamente con la sucesión de tantas, demasiadas tragedias humanas, se corre el riesgo de olvidar. Este encuentro me ayuda a mí y a la Iglesia a no olvidar, a guardar en sus corazones, y sobre todo a confiar a vuestros seres queridos al corazón de Dios Padre.

Cada muerte trágica trae consigo un gran dolor. Pero cuando se lleva a cinco adolescentes y a una joven madre, es inmenso, insoportable sin la ayuda de Dios aguantarlo. No voy a entrar en las causas de los accidentes en esa discoteca donde murieron vuestros familiares. Pero me uno con todo mi corazón a vuestro sufrimiento y a vuestro legítimo deseo de justicia.

Deseo también ofreceros una palabra de fe, de consuelo y de esperanza.

Corinaldo, el lugar de la tragedia, se encuentra en una zona sobre la cual vela Nuestra Señora de Loreto: su Santuario no está lejos. Y por eso quiero —queremos— pensar que ella, como Madre, nunca apartó de ellos su mirada, sobre todo en aquel momento de dramática confusión; que los acompañó con su ternura. ¡Cuántas veces la invocaron en el Ave María: “Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”! Y aunque en esos momentos caóticos no pudieron hacerlo, Nuestra Señora no olvida, no olvida, nuestras súplicas: es Madre. Ciertamente los acompañó al abrazo misericordioso de su Hijo Jesús.

Esta tragedia tuvo lugar durante la noche, en la madrugada del 8 de diciembre de 2018, la fiesta de la Inmaculada Concepción. Ese mismo día, al final del rezo del Ángelus, recé con la gente por las jóvenes víc-



timas, por los heridos y por sus familias. Sé que muchos, empezando por vuestros obispos, aquí presentes, vuestros sacerdotes y vuestras comunidades, os han apoyado con la oración y el afecto. También continúa mi oración por vosotros, y la acompaño con mi bendición.

Cuando perdemos al padre o a la madre, somos huérfanos: existe un adjetivo. Huérfano, huérfana. Cuando en el matrimonio se pierde al cónyuge, el que se queda es viudo o viuda: existe también un adjetivo para ello. Pero cuando se pierde un hijo, no existe un adjetivo. La pérdida de un hijo es imposible de “adjetivar”. He perdido a un hijo: pero ¿qué soy? No, no soy ni huérfano, ni viudo. He perdido a un hijo. Sin adjetivo. No existe. Y este es también vuestro gran dolor.

Ahora me gustaría rezar junto con vosotros el Ave María por Asia, Benedetta, Daniele, Emma, Mattia y Eleonora.

(Ave María)

(Bendición)

Mensaje del cardenal Parolin a un peregrinaje de familias

Por un renovado pacto educativo

El Papa Francisco «espera que la reanudación del año escolar se viva por todos con gran sentido de responsabilidad, en la perspectiva de un renovado pacto educativo, que vea a las familias como protagonistas y ponga en el centro a las personas de los niños y las niñas: su crecimiento sano, bien formado y sociable es una condición para un futuro pacífico y próspero para toda la sociedad». Lo escribe el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, en el mensaje enviado en nombre del Papa Francisco al obispo Stefano Russo, secretario general de la Conferencia Episcopal Italiana, con ocasión del 13º peregrinaje nacional de las familias por las familias.

El sábado, 12 de septiembre, la Renovación en el Espíritu Santo, en colaboración con las prelaturas pontificias de Pompeya y Loreto, la Oficina para la pastoral de la familia de la Conferencia Episcopal italiana y el Foro nacional de las asociaciones familiares y con el patrocinio del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, convocó «espiritualmente a los participantes» precisamente a Pompeya y a Loreto, sugiriendo como tema una expresión de san Pablo: «Hermanos, alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir» (2 Corintios 13, 11). El Papa «se congratula con los promotores y los colaboradores de la iniciativa —señala el cardenal Parolin— porque, en este tiempo en que las familias sufren particularmente las dificultades debidas a la pandemia, han querido brindar este testimonio de fe y solidaridad, para que cada uno pueda encontrar en la oración y en la comunión fraterna la esperanza y la fuerza para seguir adelante».

Para manifestar la cercanía del Papa

**El arzobispo
Gallagher
en Bielorrusia**

El viernes 11 de septiembre el secretario para las Relaciones con los Estados, el arzobispo Paul Richard Gallagher, viajó a la República de Bielorrusia para manifestar la atención y la cercanía del Santo Padre a la Iglesia católica y a todo el país. El programa prevé encuentros con las autoridades civiles y los responsables de la Iglesia católica.

El Papa pide a una delegación del proyecto europeo Snapshots from the borders cambiar la forma de contar la migración

Las fronteras no sean barreras de división sino ventanas abiertas a la acogida

«Las fronteras, que siempre se han considerado como barreras de división, pueden convertirse, en cambio, en "ventanas", espacios de conocimiento mutuo, de enriquecimiento recíproco, de comunión en la diversidad; pueden convertirse en lugares en los que se experimentan modelos para superar las dificultades que los nuevos arribos suponen para las comunidades autóctona». Lo ha deseado el Papa recibiendo en audiencia en la mañana del jueves 10 de septiembre, en la Sala Clementina, a una delegación de personas comprometidas en el proyecto europeo Snapshots from the borders. Después del saludo inicial del alcalde de Lampedusa, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.

Queridas hermanas y hermanos:

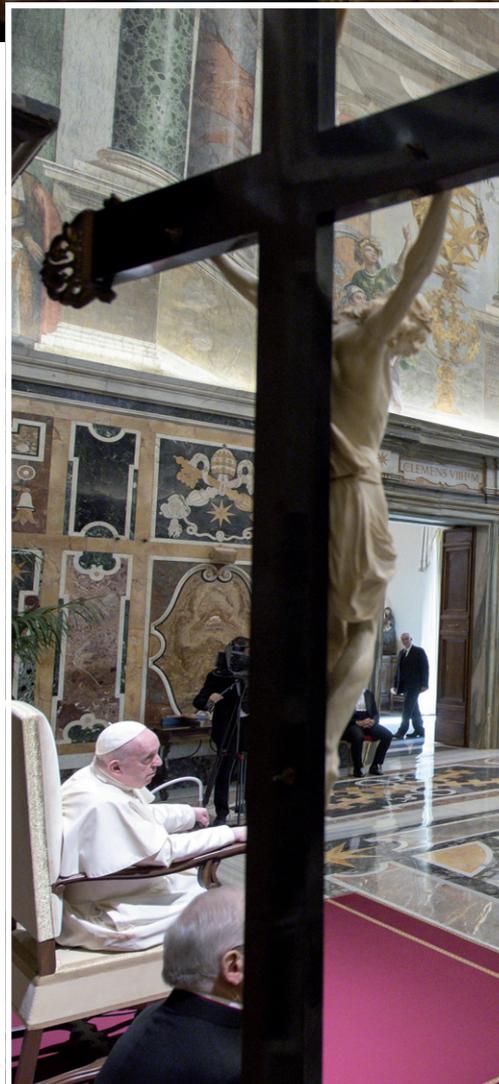
Doy la bienvenida a los que os habéis unido al proyecto "Snapshots from the borders". Agradezco al Sr. Salvatore Martello, alcalde de Lampedusa y Linosa, las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Y os doy las gracias también por esta bella cruz, tan significativa, que habéis traído. Gracias.

El vuestro es un proyecto con visión de futuro. Su objetivo es promover una comprensión más profunda de la migración para permitir a las sociedades europeas dar una respuesta más humana y coordinada a los retos de las migraciones contemporáneas. La red de autoridades locales y organizaciones de la sociedad civil que surgió de este proyecto aspira a contribuir positivamente al desarrollo de políticas de migración que respondan a este propósito.

El escenario actual de la migración es complejo y a menudo tiene consecuencias dramáticas. Es necesario estudiar y comprender mejor las interdependencias mundiales que determinan las corrientes migratorias. Los retos son muchos e interpelan a todos. Ninguno puede permanecer indiferente ante las tragedias humanas que se consuman en las diferentes regiones del mundo. Entre ellas, nos interpelan con frecuencia las que tienen como teatro al Mediterráneo, un mar de frontera, pero también de encuentro de culturas.

En febrero pasado, durante el encuentro —muy positivo— con los obispos del Mediterráneo, en Bari, recordé cómo «Entre los que más sufren en el área del Mediterráneo, están los que huyen de la guerra o dejan su tierra en busca de una vida humana digna. [...] Somos conscientes de que en diferentes contextos sociales existe un sentido de indiferencia e incluso de rechazo[...]. La comunidad internacional se ha quedado en intervenciones militares, mientras que debería construir instituciones que garanticen la igualdad de oportunidades y lugares donde los ciudadanos tengan la posibilidad de asumir el bien común[...]. Al mismo tiempo, no aceptemos nunca que quien busca la esperanza cruzando el mar muera sin recibir ayuda[...]. Por supuesto, la hospitalidad y la integración digna son etapas de un proceso difícil; sin embargo, es impensable poder enfrentarlo levantando muros» (Discurso, 23 de febrero de 2020).

Frente a estos desafíos, es evidente que la solidaridad concreta y la responsabilidad compartida, tanto a nivel na-



cional como internacional, son indispensables. «La pandemia actual ha puesto de relieve nuestra interdependencia: todos estamos vinculados, los unos con los otros, tanto en el bien como en el mal». (Audiencia General, 2 de septiembre de 2020). Debemos actuar juntos, no solos.

También es fundamental cambiar la forma de ver y de contar la migración: se trata de poner en el centro a las personas, los rostros y las historias. De ahí la importancia de los proyectos como el vuestro, que tratan de proponer planteamientos diversos inspirados en la cultura del encuentro que es el camino hacia un nuevo humanismo. Y cuando digo "nuevo humanismo" no lo digo sólo como una filosofía de vida, sino también como una espiritualidad, como un estilo de comportamiento.

Los habitantes de las ciudades y de los territorios de frontera —las sociedades, las comunidades, las Iglesias— están llamados a ser los primeros actores de este cambio de rumbo, gracias a las continuas oportunidades de encuentro que les ofrece la historia. Las fronteras, que siempre se han considerado como barreras de división, pueden convertirse, en cambio, en "ventanas", espacios de conocimiento mutuo, de enriquecimiento recíproco, de comunión en la diversidad; pueden convertirse en lugares en los que se experimentan modelos para superar las dificultades que los nuevos arribos suponen para las comunidades autóctonas.

Os animo a seguir trabajando juntos por la cultura del encuentro y la solidaridad. Que el Señor bendiga vuestros esfuerzos y que la Virgen os proteja así como a las personas para las que trabajáis. Rezo por vosotros, y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Que el Señor os bendiga a todos, a vuestro trabajo y vuestros esfuerzos para ir adelante en este sentido. Gracias.

Al ritmo de la «Laudato si' revolution»

Del rap a los huertos comunitarios, se multiplican en Asia las iniciativas por el Tiempo de la Creación



PAOLO AFFATATO

Está el fraile franciscano que canta el rap y tiene mucho éxito en la web; están los que promueven pequeños grupos de oración «puerta a puerta» para no romper las medidas anti covid 19; están los que fortalecen y buscan nuevos brazos para ampliar el huerto orgánico comunitario; están los empresarios que se reúnen en línea para intercambiar experiencias y buenas prácticas de «sostenibilidad ambiental», y muchas otras iniciativas. En Asia, el *Tiempo de la Creación* proclamado hasta el 4 de octubre por el Papa Francisco es una temporada de creatividad apostólica misionera.

En la pluralidad de culturas, etnias y tradiciones sociales y religiosas que caracterizan al continente, surgen espontáneamente formas diversificadas para promover a nivel espiritual, pastoral y social el cuidado de la creación y la salvaguardia de la «casa común».

El dinamismo misionero de las comunidades católicas en el continente más amplio y plural -donde los fieles constituyen alrededor del 3% de toda la población- no busca formas y medios excéntricos, sino la capacidad profética de abrir nuevos horizontes, de saber adaptar la palabra del Evangelio a las culturas, de crear formas imaginativas de pastoral y lenguas modernas para anunciar la salvación.

Y el tema de una salvación que «concierna a todos, nadie excluido», porque «nadie se salva a sí mismo», es más fuerte y comprensible cuando se toca el tema del respeto y la protección de la «casa común», hoy devastada por la pandemia. Para ello, el mundo de la juventud es el más implicado y el más sensible a una cuestión, la de salvaguardar la creación, declinada por los bautizados no como una «necesidad ambiental», sino como un anhelo de esperanza basado «en Aquel en quien hemos depositado nuestra confianza».

Comienza desde aquí, bien arraigada en el Evangelio, la «*Laudato si' revolution*» propuesta en las notas, palabras y danzas de un rap guiado por el sacerdote y fraile menor indio Sandesh Manuel que, desde su Bangalore, se ha hecho viral en la web especialmente entre la juventud del subcontinente y luego a nivel internacional.

«La música y el arte están cerca del corazón de San Francisco, un hombre loco por Dios», explicó el fraile a *L'Osservatore Romano*. La campaña franciscana global por «una conversión integral y ecológica» en el centro del *Tiempo de*

la *Creación*, «no puede evitar experimentar con nuevos lenguajes y nuevas formas, como la música rap, caminando por las plazas, las calles virtuales de los entornos digitales, frecuentadas por millones de personas. Necesitamos dejar nuestro ego, hasta el punto de abandonar la vanidad. Hay tantas cosas que tienen que cambiar, ¿por qué no empezar por nosotros mismos?», dice la letra de la canción.

«El video musical de Fray Sandesh está lleno de energía e inspiración para la conversión evangélica y ecológica», declararon los frailes de la Oficina Internacional de Justicia y Paz, quienes acogieron y relanzaron la propuesta del franciscano indio que, según ellos, «nos anima a dar pasos audaces para vivir nuestra vocación franciscana de manera radical en el mundo».

En la India, la sensibilización de la comunidad católica también se ha plasmado en el cultivo de huertos orgánicos, organizados en conventos, casas religiosas, parroquias, orfanatos, institutos y escuelas. En Tamil Nadu, en el sur de la India, hombres y mujeres, religiosos y laicos, monjas y jóvenes, después de haber participado en un programa especial de capacitación dirigido por una ONG, se han dedicado a poner en marcha el huerto gestionado estrictamente sin el uso de productos químicos, para devolver la autenticidad al estilo de vida y al estilo de alimentación.

En el cercano Pakistán, el enfoque del *Tiempo de la Creación* se centra en la crisis ecológica que atraviesa la nación: como señala el Padre Liam O'Callaghan, un misionero irlandés de San Columbano que trabaja en la diócesis de Hyderabad en Pakistán, «el territorio y el tramo de mar de Karachi están considerablemente contaminados debido al vertido de residuos y al vertido de aguas residuales industriales no tratadas».

El sistema de producción pakistaní, que presta poca atención a la protección del medio ambiente, «afecta gravemente a todos, especialmente a los pobres», lo que recuerda el compromiso de la Iglesia Católica y las comunidades religiosas, el gobierno, la sociedad civil: «Sólo un esfuerzo conjunto puede salvar el ecosistema».

En la campaña, el sacerdote hizo podcasts, enviándolos a las parroquias y compartiendo enlaces en las páginas de Facebook de los grupos de «justicia y paz» de las distintas diócesis. La encíclica del Papa Francisco *Laudato si'* también es ampliamente difundida por los misioneros de San Columbano, traducida al urdu, el idioma local de Pakistán. Han publicado también una ver-

sión resumida en beneficio de escuelas, parroquias, asociaciones, comunidades, y han ideado iniciativas para difundirla y compartirla entre las ONG, los grupos musulmanes, las instituciones y los dirigentes civiles.

Trasladándose al sudeste asiático, en Malasia, la Iglesia Católica quiso lanzar un plan quinquenal de «cuidado de la casa común y la vida humana» y en 2020, el primer año de la campaña, el tema elegido está relacionado con la protección de la infancia. El Obispo de Sibú, Monseñor Joseph Hii Teck Kwong, en la misa que abrió el *Tiempo de la Creación*, pidió «la conversión de los corazones para empezar a cuidar la tierra y la humanidad. Es esencial actuar hoy por la Madre Tierra, para dar esperanza a las generaciones futuras», dijo el prelado.

La Comisión Especial para la Justicia de la Creación de los obispos de Malasia, en un mensaje difundido en las parroquias y comunidades del país, escribe: «Como discípulos de Cristo, estamos llamados a salvaguardar toda la creación en la tierra, especialmente a los hijos de hoy y de mañana».

La Iglesia invita a los fieles «a apoyar, aplicar y promover buenas prácticas para salvar toda la vida en la tierra, proteger a la humanidad de la autodestrucción y garantizar la justicia para las generaciones futuras», pidiendo «profundizar en la espiritualidad ecológica y convertirla en acción» y señalando que «la pandemia de coronavirus debería reforzar nuestra determinación de promover la justicia de la creación y detener la destrucción del ecosistema». El llamamiento ha sido acogido por un foro de empresarios, cristianos y no cristianos, que han activado una serie de seminarios web en plataformas en línea, para debatir y compartir las diversas iniciativas que se adoptarán en la gestión de las pequeñas y grandes empresas.

En Myanmar han surgido grupos de oración animados por religiosos y religiosas que parten de las intuiciones bíblicas y de las invocaciones con los Salmos, para luego proponer una amplia campaña de plantación de árboles: tiene lugar en la diócesis de Mandalay, donde el arzobispo, Mark Tin Win, ha pretendido abrir un nuevo centro de retiros espirituales y encuentros pastorales, construido bajo la bandera de la máxima sostenibilidad ambiental.

En Filipinas, el *Tiempo de la Creación* ha involucrado a más de 700 organizaciones eclesiales y civiles. Y la Iglesia, a través de Monseñor Pablo Virgilio S. David, obispo de Kalookan y presidente interino de la Conferencia Episcopal, ha querido subrayar el vínculo existente con la pandemia de coronavirus que «ha puesto de manifiesto nuestra vulnerabilidad y nos ha hecho comprender la urgencia de una verdadera conversión ecológica», para la protección de la vida humana en sí. En el archipiélago, la conclusión del *Tiempo de la Creación* se aplaza una semana, hasta el próximo 11 de octubre: «Durante este periodo, el centro es Dios, nuestro Creador: como sus criaturas alimentamos la comunión con Él y con todo lo creado por la obra de sus manos», observó el Padre John Leydon, presidente de la sección filipina del Movimiento Católico Mundial por el Clima, ampliamente involucrado en la campaña de sensibilización.

Por último, con un compromiso transversal con muchas naciones de Asia y Oceanía, como Indonesia, China, Myanmar, Filipinas, Timor Oriental, Camboya, Corea, Australia y Micronesia, la Conferencia de los jesuitas de Asia y el Pacífico se propuso promover equipos pastorales especiales de «Reconciliación con la Creación», identificando este nodo como un valor compartido y prioritario del apostolado. Especialmente en beneficio de los jóvenes, se pretende promover seminarios culturales y la espiritualidad de la Encíclica *Laudato si'* en conjunción con experiencias misioneras que puedan involucrar directamente a los participantes.

En la audiencia general el Papa reafirma que abusar de la naturaleza es un pecado grave

Una revolución pacífica por el cuidado de la casa común

Un elogio a aquellos «movimientos, asociaciones y grupos populares, que se esfuerzan por proteger su territorio con sus valores naturales y culturales»; sin embargo «no siempre son apreciados» — e incluso «a veces obstaculizados» — pero que «contribuyen a una revolución pacífica que podríamos llamar la «revolución del cuidado»» para poder «dejar una herencia a la futura generación». Lo expresó el Papa Francisco en la audiencia general que se llevó a cabo el miércoles por la mañana, 16 de septiembre, en el patio de San Dámaso del Palacio apostólico vaticano. Continuando con el ciclo de catequesis sobre el tema «Sanar al mundo» en este tiempo de pandemia, el Pontífice partió de la lectura bíblica del Génesis 2, 8-9.15, para ofrecer una reflexión sobre el «Cuidado de la casa común y actitud contemplativa».



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Para salir de una pandemia, es necesario cuidarse y cuidarnos mutuamente. También debemos apoyar a quienes cuidan a los más débiles, a los enfermos y a los ancianos. Existe la costumbre de dejar de lado a los ancianos, de abandonarlos: está muy mal. Estas personas —bien definidas por el término español “cuidadores”—, los que cuidan de los enfermos, desempeñan un papel esencial en la sociedad actual, aunque a menudo no reciben ni el reconocimiento ni la remuneración que merecen. El cuidado es una regla de oro de nuestra humanidad y trae consigo salud y esperanza (cf. Enc. Laudato si’ [LS], 70). Cuidar de quien está enfermo, de quien lo necesita, de quien ha sido dejado de lado: es una riqueza humana y también cristiana.

Este cuidado abraza también a nuestra casa común: la tierra y cada una de sus criaturas. Todas las formas de vida están interconectadas (cf. *ibid.*, 137-138), y nuestra salud depende de la de los ecosistemas que Dios ha creado y que nos ha encargado cuidar (cf. Gn 2, 15). Abusar de ellos, en cambio, es un grave pecado que daña, que perjudica y hace enfermar (cf. LS, 8; 66). El mejor antídoto contra este abuso de nuestra casa común es la contemplación (cf. *ibid.*, 85; 214). ¿Pero cómo? ¿No hay una vacuna al respecto, para el cuidado de la casa común, para no dejarla de lado? ¿Cuál es el antídoto para la enfermedad de no cuidar la casa común? Es la contemplación. «Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupulosos» (*ibid.*, 215). Incluso en objeto de “usar y tirar”. Sin embargo, nuestro hogar común, la creación, no es un mero “recurso”. Las criaturas tienen un valor en sí y “reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 339). Pero ese valor y ese rayo de luz divina hay que descubrirlo y, para hacerlo, necesitamos silencio, necesitamos escuchar, necesitamos contemplar. También la contemplación cura el alma.

Sin contemplación es fácil caer en un antropocentrismo desviado y so-

berbio, el “yo” en el centro de todo, que sobredimensiona nuestro papel de seres humanos y nos posiciona como dominadores absolutos de todas las criaturas. Una interpretación distorsionada de los textos bíblicos sobre la creación ha contribuido a esta visión equivocada, que lleva a explotar la tierra hasta el punto de asfixiarla. Explotar la creación: ese es el pecado. Creemos que estamos en el centro, pretendiendo que ocupamos el lugar de Dios; y así arruinamos la armonía del diseño de Dios. Nos convertimos en depredadores, olvidando nuestra vocación de custodios de la vida.

Naturalmente, podemos y debemos trabajar la tierra para vivir y desarrollarnos. Pero el trabajo no es sinónimo de explotación, y siempre va acompañado de cuidados: arar y proteger, trabajar y cuidar... Esta es nuestra misión (cf. Gn 2, 15). No podemos esperar seguir creciendo a nivel material, sin cuidar la casa común que nos acoge. Nuestros hermanos y hermanas más pobres y nuestra madre tierra gimen por el daño y la injusticia que hemos causado y reclaman otro rumbo. Reclaman de nosotros una conversión, un cambio de ruta: cuidar también de la tierra, de la creación.

Es importante, pues, recuperar la dimensión contemplativa, es decir mirar la tierra y la creación como un don, no como algo que explotar para sacar beneficios. Cuando contemplamos, descubrimos en los demás y en la naturaleza algo mucho más grande que su utilidad. He aquí la clave del problema: contemplar es ir más allá de la utilidad de una cosa. Contemplar la belleza no significa explotarla: contemplar es gratuidad. Descubrimos el valor intrínseco de las cosas que les ha dado Dios. Como muchos maestros espirituales han enseñado, el cielo, la tierra, el mar, cada criatura posee esta capacidad icónica, esta capacidad mística para llevarnos de vuelta al Creador y a la comunión con la creación. Por ejemplo, San Ignacio de Loyola, al final de sus Ejercicios Espirituales, nos invita a la “Contemplación para alcanzar amor”, es decir, a considerar cómo Dios mira a sus criaturas y a regocijarse con ellas; a descubrir la presencia de Dios en sus criaturas y, con libertad y gracia, a amarlas y cuidarlas.

La contemplación, que nos lleva a una actitud de cuidado, no es mirar a la naturaleza desde el exterior, como si no estuviéramos inmersos en ella. Pero nosotros estamos dentro de la naturaleza, somos parte de la naturaleza. Se hace más bien desde dentro, reconociéndonos como parte de la creación, haciéndonos protagonistas y no meros espectadores de una realidad amorfa que solo serviría para explotarla. El que contempla de esta manera siente asombro no sólo por lo que ve, sino también porque se siente parte integral de esta belleza; y también se siente llamado a guardarla, a protegerla. Y hay algo que no debemos olvidar: quien no sabe contemplar la naturaleza y la creación, no sabe contemplar a las personas con toda su riqueza. Y quien vive para explotar la naturaleza, termina explotando a las personas y tratándolas como esclavos. Esta es una ley universal: si no sabes contemplar la naturaleza, te será muy difícil contemplar a las personas, la belleza de las personas, a tu hermano, a tu hermana.

El que sabe contemplar, se pondrá más fácilmente manos a la obra para cambiar lo que produce degradación y daño a la salud. Se comprometerá a educar y a promover nuevos hábitos de producción y consumo, a contribuir a un nuevo modelo de crecimiento económico que garantice el respeto de la casa común y el respeto de las personas. El contemplativo en acción tiende a convertirse en custodio del medio ambiente: ¡qué hermoso es esto! Cada uno de nosotros debe ser custodio del ambiente, de la pureza del ambiente, tratando de conjugar los saberes ancestrales de las culturas milenarias con los nuevos conocimientos técnicos, para que nuestro estilo de vida sea sostenible.

En fin, contemplar y cuidar: ambas actitudes muestran el camino para corregir y reequilibrar nuestra relación como seres humanos con la creación. Muchas veces, nuestra relación con la creación parece ser una relación entre enemigos: destruir la creación para mi ventaja; explotar la creación para mi ventaja. No olvidemos que se paga caro; no olvidemos el dicho español: “Dios perdona siempre; nosotros perdonamos a veces; la naturaleza no perdona nunca”. Hoy leía en el periódico acerca

de los dos grandes glaciares de la Antártida, cerca del Mar de Amundsen: están a punto de caer. Será terrible, porque el nivel del mar subirá y esto acarreará muchas, muchas dificultades y muchos males. ¿Y por qué? Por el sobrecalentamiento, por no cuidar del medio ambiente, por no cuidar de la casa común. En cambio, si tenemos esta relación —me permito usar la palabra— “fraternal”, en sentido figurado, con la creación, nos convertimos en custodios de la casa común, en custodios de la vida y en custodios de la esperanza, custodiaremos el patrimonio que Dios nos ha confiado para que las generaciones futuras puedan disfrutarlo. Y alguno podría decir: “Pero, yo me las arreglo así”. Pero el problema no es cómo te las arreglas hoy —esto lo decía un teólogo alemán, protestante, muy bueno: Bonhoeffer— el problema no es cómo te las arreglas hoy; el problema es: ¿cuál será la herencia, la vida de la futura generación? Pensemos en los hijos, en los nietos: ¿qué les dejaremos si explotamos la creación? Custodiemos este camino para que podamos convertirnos en “custodios” de la casa común, custodios de la vida y de la esperanza.

Custodiemos el patrimonio que Dios nos ha confiado para que las futuras generaciones puedan disfrutarlo. Pienso de manera especial en los pueblos indígenas, con los que todos tenemos una deuda de gratitud, incluso de penitencia, para reparar el daño que les hemos causado. Pero también pienso en aquellos movimientos, asociaciones y grupos populares, que se esfuerzan por proteger su territorio con sus valores naturales y culturales. Sin embargo, no siempre son apreciados e incluso, a veces, se les obstaculiza porque no producen dinero, cuando, en realidad, contribuyen a una revolución pacífica que podríamos llamar la “revolución del cuidado”. Contemplar para cuidar, contemplar para custodiar, custodiarnos nosotros, a la creación, a nuestros hijos, a nuestros nietos, y custodiar el futuro. Contemplar para curar y para custodiar y para dejar una herencia a la futura generación.

Ahora bien, no hay que delegar en algunos lo que es la tarea de todo ser humano. Cada uno de nosotros puede y debe convertirse en un “custodio de la casa común”, capaz de alabar a Dios por sus criaturas, de contemplarlas y protegerlas.

Al finalizar la catequesis, antes de rezar el Padre Nuestro e impartir la bendición, el Pontífice saludó a los diferentes grupos de fieles presentes, recordando en particular el testimonio de caridad de don Roberto Malgesini, el sacerdote asesinado el martes 15 de septiembre en Como.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Pidamos al Señor Jesús que nos conceda ser contemplativos, para alabarlos por su obra creadora, que nos enseñe a ser respetuosos con nuestra casa común y a cuidarla con amor, para bien de todas las culturas y las generaciones futuras. Que Dios los bendiga.